

Ud-Alau
Protectorado español de Marruecos
Noviembre de 1920

La muchacha se estremeció al sentir sobre sus pechos los labios húmedos de aquel legionario bajito y de rostro aniñado. Aunque era una auténtica bereber, por sus venas fluía la sangre de los vándalos que se asentaron en el norte de África a mediados del siglo cuarto. Tenía la tez inusualmente clara, los ojos azules y el pelo rubio. De sus antepasados había heredado también un carácter insumiso y un valor a toda prueba.

El legionario se levantó del camastro y empezó a desvestirse. Sobre cada hombrera de su camisa verdosa relucía una estrella dorada de ocho puntas. La había obtenido más temprano que ningún otro en el Ejército español, pues aún le faltaban unos días para cumplir veintiocho años.

Su fulgurante carrera le había granjeado la envidia de los demás oficiales. Entre el personal de tropa, en cambio, tenía fama de héroe. Desde Zeluan hasta Larache, los soldados se hacían lenguas de sus hazañas en la lucha contra las tribus que combatían la presencia española en Marruecos. Unas hazañas que el Gobierno procuraba amplificar con honores y recompensas, necesitado como estaba de noticias que mitigaran los continuos sinsabores del Protectorado.

La muchacha había oído hablar del legionario. En las noches de vigilia, al calor de las fogatas, los guerreros de su cabila solían nombrarlo con una mezcla de temor y de respeto. De ahí su decepción al verlo por primera vez, tan menudo y desvalido. Tan pequeño.

No se le acercó por gusto, sino en cumplimiento de una misión delicada. Tenía el encargo de seducirlo y de mandarlo al otro mundo sin pérdida de tiempo. La orden se la había dado en persona Ab-del-Krim, buen conocedor de su irresistible belleza. Ella la acató gustosa por amor al caudillo rebelde y porque se sentía partícipe de la lucha de liberación en la que estaba empeñado su pueblo.

Localizó al legionario durante una de las cacerías de perros salvajes con las que los españoles mataban el tedio las tardes de domingo. Galopando sobre su caballo, mientras cargaba a punta de sable contra los animales silvestres que se cruzaban en su camino, aún le pareció dueño de cierta gallardía. Pero, al descabalgarse en el sitio exacto donde hacía siempre un alto la partida, su estampa quedó en nada.

La muchacha se hizo la encontradiza y logró de inmediato el efecto que buscaba. El legionario, nada más advertir su presencia, puso la cara bobalicona de un cordero degollado. No tenía fama de enamorado, sino todo lo contrario. Además, estaba comprometido con una señorita de la Península, a la que pensaba llevar al altar en cuanto sus obligaciones castrenses se lo permitieran. Por eso, a los capitanes que lo acompañaban les sorprendió el impacto que la aparición de la nativa causó en el comandante.

La semana siguiente, en el mismo lugar y a la misma hora, la muchacha se dejó ver de nuevo. Buscó el contacto con el legionario y simuló ser víctima también del calambrazo que a él lo sacudió cuando se rozaron. Siete días después, a despecho de las insistentes murmuraciones de quienes les observaban, concertaron ya su primera cita a solas.

Horas antes de comparecer, al legionario lo asaltó el presentimiento de que podía complicarse la existencia. Pero la tentación era demasiado poderosa. Como estaba convencido de que le protegía la suerte, no le costó mucho sobreponerse a sus recelos. Si la *baraka* le había permitido sobrevivir al agujero que una bala le causó en la barriga siendo teniente de Regulares, ¿iba a arrugarse ahora por una simple entrevista galante?

La esperó al caer la noche, sin escolta, a la puerta de una casucha apartada cuyas paredes de piedra y adobe habían resistido el abandono. La muchacha se presentó enfundada en una vistosa túnica de color esmeralda. Sin decir nada, lo cogió de la mano y lo condujo adentro. La única habitación estaba sumida en la penumbra porque la luz de la luna entraba a duras penas. No había más mueble que el camastro. Retiró la esterilla que lo cubría, dejó que resbalara por su cuerpo la túnica y se tumbó desnuda.

El legionario no tardó en colocarse a su vera. Le besuqueó torpemente el cuello y fue bajando hasta toparse con la aureola tibia de los pezones. Luego, puesto en pie, dejó a la vista su torso blancuzco, que contrastaba con el tostado de su cara y de su cuello. Los pantalones bombachos reglamentarios y las botas de montar, sin embargo, no se los quitó.

De nuevo en la cama, clavó sus ojos en los de la muchacha hasta que ésta, turbada, los cerró. El legionario aprovechó para admirar sin ser observado la conmovedora perfección de su cuerpo. Había yacido con rifeñas, aunque ninguna tan hermosa como ésa.

Le acarició con mano trémula la piel, calibró con brusquedad la firmeza de sus pechos y fue en busca del vello sedoso que escondía en la entrepierna. Una excitación incontenible lo atenazó. Incapaz de sobreponerse a la ansiedad, se desabotonó la bragueta y la penetró sin miramientos.

Al terminar, el legionario buscó la frescura del aire que entraba por una de las ventanas. Era vertical y estrecha, igual que todas, porque los indígenas, en caso de ataque, solían usarlas como

troneras. Divisó hacia el sur el negro macizo de Gomara; al oeste, las cresterías de la sierra de Benihassan, y al lado contrario, las tiendas del campamento donde su unidad se preparaba para el bautismo de sangre.

Un silencio tranquilizador reinaba en la noche. Creyó percibir el aroma del Mediterráneo, que lamía la arena en una playa cuajada de chumberas a dos kilómetros de su posición. Ese olor le reconfortaba. Traía a su memoria los momentos mágicos en los que, siendo niño, acudía con sus hermanos a presenciar las maniobras navales en la bahía de la ciudad donde nació. Soñó durante toda la adolescencia con convertirse en guardia marina y embarcarse en uno de los buques de guerra que sajan a su paso el agua embravecida del Cantábrico. Pero la Providencia le tenía reservado otro destino.

Mientras en la cabeza del legionario se desataba un torbellino de recuerdos, la muchacha buscó a tientas el afilado alfanje que había escondido debajo del camastro. Midiendo cada uno de sus movimientos, se acercó despacio al ventanuco. Llegó tan cerca del legionario que pudo percibir su respiración todavía entrecortada, a pesar de que estaba de espaldas.

Debió asestar sin demora el golpe planeado, pero se entretuvo. El legionario, honrando su leyenda de hombre afortunado, la presintió y se dio la vuelta. En un alarde de reflejos, sujetó el brazo dispuesto para la puñalada. Con la mano libre agarró el alfanje y de un empujón hizo rodar a la muchacha por el suelo.

Ella supuso que su tránsito por el mundo de los vivos estaba a punto de terminar. Se encogió en posición fetal para que el legionario no viera cómo temblaba y esperó la muerte.

Los segundos posteriores se le hicieron interminables.

Como si no hubiera ocurrido nada, el legionario se abotonó despacio la camisa, se ciñó al torso el correaje de lona y se atusó el pelo. Cuando consideró que estaba en perfecto estado de revista, echó a su frustrada asesina una mirada de desprecio y la señaló amenazante con un dedo.

-Lárgate, zorra.

La orden fue terminante, aunque la dictó con una ridícula vocecilla aflautada.

-Lárgate -insistió.

Una infinita sensación de vergüenza invadió a la muchacha. No podía volver así con los suyos. Sólo había una forma honorable de enjugar su fracaso.

-Prefiero que me mates.

El legionario no atendió el ruego.

Sabía que, para gente como ella, dejarla ir sin castigo era la peor condena.